

Sanzio; Guttemberg y Colón, y al fin de los cuales, los pueblos ya educados, comienzan una nueva evolución para salir oportuna y ordenadamente, de la larga, sabia y severa tutela de la Iglesia.

Pero así como en el período dogmático de la transformación cristiana, período inseparable de todo sistema de civilización, la herejía es el elemento contradictorio que lucha en la sociedad humana, como ántes hemos explicado, y que es al fin vencido; así, señores, la natural y ordenada expansión de la sociedad civil que, ya educada, va á ser regida por nuevas leyes y á encaminarse á nuevos destinos, dando principio al período filosófico de la historia, entra en lucha con el error y la pasión, representados primero por la reforma protestante y luego por el filosofismo, que desnaturalizando la tendencia legítima del progreso, traspasan los señalados valladares de esa nueva etapa, y no solo quieren salir de una tutela acabada en su esfera, y como tal innecesaria, sino que se sublevan al mismo tiempo contra todo poder moral y religioso. El terrible combate entre las dos opuestas fuerzas de ese dualismo que ocupa un gran espacio de la vida del hombre sobre la tierra, va á producir por fin, después de una larga y dolorosa gestación, auxiliada principalmente por los juristas, sus frutos sazonados y legítimos en las aspiraciones racionales de la revolución francesa: la libertad política y civil de los pueblos, la naturalización del elemento democrático que triunfa con el estado llano ó tercera clase de la sociedad humana, y que sube á ocupar su puesto y su nivel al lado de la aristocracia y del sacerdocio, sentados ya, desde los comienzos de la historia, en el espléndido banquete de la civilización.

Y no se diga, no, señores, que la marcha de ésta consista en la creación de elementos y de hechos que ántes no existían en la sociedad humana; esos elementos y esos hechos han existido allí diseminados desde que se tiene noticia del hombre histórico sobre la tierra, pero ya hemos dicho que la obra de la civilización no es otra cosa que el resultado, el producto y el triunfo obtenido de los elementos antitéticos que luchan entre sí, á la manera que el progreso y la perfección del individuo no son otra cosa que el resultado de esa lucha que sostiene en sí mis-

mo. Porque no lo dudéis, señores, no hay cualidad ni ley que se encuentre en el individuo, que no trascienda ó se halle también en la colectividad, así como tampoco hay idea ni acontecimiento que no tenga precedente y engrane en el movimiento siempre ascendente del progreso intelectual, moral y físico: de manera que no hay asimismo concepto más imaginario y erróneo que el de creer que la civilización opera destruyendo y sustituyendo de raíz, cuando ella obra visible é indefectiblemente por compenetración, modificación y superposición.

No, *nada hay nuevo bajo el sol*, señores, nada que no haya sido entregado en este planeta por una Inteligencia y un Poder supremos, á la razón y á las fuerzas del hombre. La materia es abandonada á sus manos, y de allí el progreso físico; la verdad á su entendimiento, y de allí el génesis intelectual; el bien á su corazón, y de allí, señores, el perfeccionamiento moral. Religión y moral, y derechos políticos y civiles, y clases elevadas, privilegiadas y democráticas, y monarquías y repúblicas, había en el mundo desde que los Asirios y los Egipcios adoraban los elementos y los astros, desde que Aristides, Demóstenes y Foción arengaban al pueblo heleno en las calles de la espléndida Atenas, y desde que la plebe romana se retiraba á deliberar al Monte Aventino, y Cicerón conmovía desde sus cimientos á la gran República latina con su poderosa palabra; como había también libros, y carros, y naves que sostuvieron la lucha de los elementos antagónicos de la civilización antigua. Pero no imperaba, señores, en los más profundos senos de la conciencia humana, el conocimiento de un Dios, espíritu infinito, personal y providente, ni la personalidad humana, individual y colectivamente considerada, había llegado á la percepción plena de sus deberes y al goce casi completo de sus derechos, como tampoco la imprenta había difundido la ciencia con la extensión y la rapidez de la luz, ni el vapor y la electricidad habían puesto en inmediato contacto á los pueblos más heterogéneos y apartados.

Al espirar, pues, señores, en una larguísima agonía el reinado que había dejado consumada la última transformación humana operada por medio de la conquista y del absolutismo, y al nacer á la vida la primera de las evoluciones filosóficas, esla-

bonándose todas en la historia, como los inmensos anillos de una vasta cadena, entran, con personalidad propia é independiente, en el movimiento de la civilización y del progreso, los pueblos del Nuevo Continente educados en la larga dominación hispana. Comienzan, entonces, á adaptar su vida política á los nuevos principios, levantando sobre ellos desde luego su derecho público y llevando más tarde las consecuencias de éste al derecho común, que sigue siendo español casi en su totalidad para nosotros, hasta que con la expedición de nuestros primeros Códigos, veinte años há, se hace nuestra Jurisprudencia española y francesa principalmente y al mismo tiempo, cuando no con tendencias á ese cosmopolitismo científico y aun universal á donde parecen encaminarse las naciones.

De ahí, señores, que como una nave combatida por la confluencia de dos grandes corrientes, experimenten esos pueblos recias sacudidas hasta salir á mar sereno, hasta adquirir una fisonomía especial, formada por las influencias antiguas y modernas, combinadas en la marcha de la civilización y adquirir ese modo de ser social que ha de distinguirlos y que formará el tipo de todas las naciones modernas, marchando á una y de frente por esas nuevas vías; fisonomía, señores, que teniendo por base los principios fundamentales de la sociedad humana, saliendo siempre á flote en todos los cataclismos de la historia, presenta, como los esplendores de luz de una nueva corona, cuanto de progresivo y legítimo en todos los órdenes de la vida llega seguramente hasta nosotros en el incesante avance de los tiempos. Sí, señores; porque si la sociedad humana no ha de perecer, ni ha de pararse en su marcha la civilización, debe ser ciertamente á condición de que esa alma y ese cuerpo que las informan física y moralmente, sufran solo las trasformaciones de la educación y del trabajo de los siglos, pero conservando incólume su esencia, á la manera que llega la destrucción de la muerte cuando se rompen en el hombre esos dos elementos esenciales que integran su ser.

Es, por lo tanto extraña, señores, á la esencia del hombre, de la sociedad y de la civilización, la filosofía que, contrariando esos eternos principios, pretende borrar hasta las huellas de la historia, y quiere levantar la vida humana sobre nuevas bases,

sobre nociones puramente objetivas, en el orden de la razón, sobre un determinismo fatal en la esfera de los actos humanos, y sobre un adelanto puramente material en el orden físico; que pugna por operar una evolución que haría del individuo un ser dotado de una racionalidad rayana casi al puro instinto, independiente y progresivo hasta la fiereza y el egoísmo, y del Estado una gran máquina destinada á producir resultados universales é igualmente egoistas, pasando sobre los débiles como un pesado carro de guerra, con atribuciones puramente progresistas, pero de ninguna manera conservadoras, protectoras y distributivas. Pobre y excéntrica filósofa, en nuestro sentir, que ocupándose únicamente en cuanto atañe á las cualidades inferiores del hombre y de la sociedad, rehuye las aspiraciones innatas del sér inteligente y moral, y marcha sola y con la frente inclinada en la carrera triunfal del progreso humano!

No, señores, no; esa filosofía y esa mal entendida civilización no triunfarán, nunca, ciertamente; ellas no representan en la existencia humana más que uno de los elementos de ese dualismo aterrador que, como antes hemos dicho, se descubre en el individuo y en la colectividad. Filosofías ha habido desde los albores de la vida del hombre sobre la tierra, que han pugnado por empujarlo á una vida puramente animal, que han enseñado, separándose de la creencia de las multitudes, los más groseros absurdos, como ha dicho alguno de los más conspicuos ingenios de la antigüedad; pero la humanidad no abdicará jamás su credo y su dirección en manos de las sectas; ella no puede; en manera alguna, abdicarlos, respóndennos de ello, señores, en el terreno especulativo las más claras y profundas lucubraciones de la inteligencia y más de cinco mil años de sucesos en el curso de la historia, desde que, como antes hemos dicho también, se tiene noticia del hombre histórico sobre la superficie del planeta!

¡Oh, señores! si fuera posible que tal cosa aconteciera en la sociedad humana, al punto mismo en que esa trasformación se verificara, en que quedaran borradas todas las huellas de los senderos que nos comunicaban con un mundo espiritual y abstracto, sentiría, sin duda, el hombre un inexplicable vacío en su entendimiento y una amargura profundísima

en el corazón; preguntárianse las gentes desoladas qué era lo que habían venido á hacer á esta existencia cuyo origen y fines, cuyo movimiento y cuyos combates no podían presentarse á su vista sino rodando espantosamente á la destrucción y á la nada. A través de sus ojos contraídos por el horror y por la melancolía, figurárianse esta espléndida morada del hombre, convertida en un inmenso erial lleno de sombras y de abrojos; pareceríales que las cavidades de la tierra no llevaban ya agua cristalina y murmuradora, que las flores estaban pálidas y sin aroma, y sin vistoso plumaje y sin armonioso canto las aves; no tendrían por qué recibir, en fin; en medio de la familia alborozada y sonriente de esperanzas, al hijo que viniera á la primera luz, ni por qué derramar lágrimas de dolor sobre los sepulcros de sus muertos.

Los pueblos hispano-americanos, decíamos, pues, señores, marchan ahora en una misma línea con los demás pueblos del orbe en esta gran jornada de la civilización que nos ha tocado por dicha contemplar, sobre todo á las generaciones que alcanzan el período final del presente siglo y que lleguen á saludar la hermosa mañana del que pronto se anunciará con los suaves colores de la aurora. Ellos gozan, por una parte, de las conquistas definitivamente incrustadas en el camino del progreso humano en todos los órdenes, de los principios y de los hechos inamovibles en que descansan la verdad, el bien y la justicia; de la armonía, de la libertad y del respeto que dominan en el individuo, en la familia y en el Estado; y asisten por otra al planteamiento y á la próxima resolución de los problemas todavía pendientes, relativos al orden social, político y civil, que incumben á la actual evolución humana que venían todos incluidos desde antiguo, en el curso de la civilización.

Y en tan extraordinario período, ¡qué tarea tan inmensa, tan interesante y tan honrosa para la inteligente actividad de los pueblos, qué esfera tan vasta para el trabajo intelectual y colectivo! Asómbranos, señores, la perspectiva del camino abierto á las generaciones que vivirán el siglo á cuyas portentosas puertas tocamos ya con nuestras manos. Pasma pensar, de veras, lo que haya de ser dentro de un siglo de este misterioso

planeta, cuando vueltas al pleno goce de la civilización las regiones del Asia y del Africa, por medio de la progresiva comunicación de ideas y de costumbres por una parte, y de la expansión colonial de las naciones europeas, por otra, quede realizada la nueva unidad del mundo.

Oh! no triunfará, señores, no, ciertamente, una trasformación atea y materialista, cuando la materia misma quiere casi idealizarse, suprimiendo las distancias y los obstáculos por medio de los agentes físicos entregados al ingenio del hombre; cuando la ciencia, la fraternidad universal y el derecho, ideas todas abstractas, espirituales y sublimes, fundadas en la eterna naturaleza intelectual, moral y social del sér humano, nos llevan en anchurosa corriente hacia una idealización, un amor, y una unidad asombrosos. Asistimos, señores, en nuestro concepto, á las últimas manifestaciones de la fuerza y del éxito, postreros restos de los medios rudos y necesarios que la civilización ha tenido que emplear en los pasados siglos; el mundo, puesto todo en armas como no lo estuvieron nunca Babilonia, Grecia y Roma en el apogeo de su grandeza, nos representa el último esfuerzo de impulsión de toda potencia que toca á su fin y va á reaccionar en la inercia. Acabarán de resolverse los más intrincados problemas del orden social y político; el cuarto estado social, el proletario, hará al fin y en su hora su evolución para sentarse al banquete de la vida, mejorando sus condiciones, pero sin una espada y sin una dominación redentoras, sino apoyando por la moral y por la ciencia, porque el apogeo del reinado de la verdad, del bien, de la justicia, del orden, de la fraternidad, de la libertad y del derecho va á venir; pero á condición, señores, de que sea sobre la base de los arquetipos eternos que la civilización en la carrera, de más de cincuenta siglos, trae hasta nosotros, como el oleaje del océano que llega á nuestras playas.

Observad, señores, en efecto, cómo se plantean en nuestro tiempo todos los problemas internacionales en el orden político, civil, penal y económico para acercar y facilitar la vida de unos pueblos con otros, para refundirlos hasta donde es posible, sin perder el tipo hermoso de la patria, amplificación de la familia y elemento de un cosmopolitismo racional, elevado y

factible; cómo se estudian en particular las leyes de los organismos social y político para decidir las cuestiones que entraña la democracia legítima, que es el llamamiento de todos los hombres al bien, á fin de conciliarla con el orden y á este con la libertad en las formas más adecuadas, cómo se estudian las ciencias físicas para poner la unidad y el progreso material al servicio de esta civilización nunca vista por los hombres.

Y pensad, por último, señores, levantando vuestra consideración á un punto de vista más elevado sobre la historia de todos los tiempos, cómo si el guerrero fué el instrumento de la civilización para formar y ordenar á los pueblos á la manera del terreno en que debía consumir aquella su obra, es luego el sacerdote, el teólogo, el que hecha los cimientos de ésta, por medio de los eternos principios que deben servirle de indestructible base, surgen en seguida filósofos que plantean todas las cuestiones, y llegan á la postre los juristas que han de resolverlas prácticamente dando á los hombres y á las naciones lo que necesitan. Porque, ya lo hemos dicho, señores: aunque no hay elemento de la vida humana que no haya existido desde el principio en la morada del hombre y que no se haya desarrollado proporcionada y relativamente en diversos grados y sentidos, cada uno de ellos, sin embargo, va consumando á su tiempo su señalado destino, va triunfando en la marcha complexa pero ordenada y final de la civilización.

Parece corresponder, de verdad, señores, esa ley á poco que la contemplemos, á un sistema de educación ó formación universal del género humano, que garantiza primero la existencia por medio de la acción ó la fuerza, que deposita en seguida en la inteligencia y en el corazón los conocimientos ó fundamentos necesarios é indestructibles de todo ser, que luego lo estudia todo por medio de la filosofía, y que lo aquilata, por fin, lo resuelve y lo decide todo por medio del derecho.

Si el derecho es, pues, señores, el alma de esta grande y hasta ahora conocida evolución humana, ante la cual han de comparecer todos los hombres, todas las razas, todos los pueblos, todas las naciones, todas las clases, cada uno con sus aspira-

ciones legítimas, personalísimas é inalienables en virtud de una ley superior que los abraza á todos; si el derecho ha de estudiarse ahora, desde la vida internacional hasta la comunal, las agrupaciones científicas de hombres de ese género están llamadas, más que nunca, á asociarse á su vez entre ellas mismas para prestar ese necesario é inmenso servicio á la transformación que se opera.

Por eso, señores, nos hemos congratulado precisamente en gran manera, desde el principio de esta ya larga y cansada peroración, cuyo objeto y cuyos límites, no nos permiten abordar, por otra parte, un somero análisis de nuestra ciencia jurídica, por el establecimiento de estas sabias corporaciones; si el universalismo y la confraternidad empujan á unos pueblos hacia otros, ¡cuánto más nos acercarán á los que tienen una reconocida y cultivada comunidad de origen, de educación y de tendencias! Hemos discurrido, largamente, es verdad, sobre la historia y la misión del pueblo español en la tierra; pero nadie puede dudar que al hacerlo, hemos referido también al mismo tiempo nuestra propia historia. Ochenta años, que son apenas un día en la vida de los pueblos, han transcurrido solamente desde la hora, no precisamente en que quedaron desligados los destinos de ambas nacionalidades, pero sí en que resonando por la primera vez en nuestros valles y en nuestras montañas el grito de libertad y de independencia, se marcó después de tres siglos, el primer antagonismo en nuestra vida é intereses comunes.

Desde ese punto, señores, entramos con todos los demás pueblos de Hispano-América, como ántes hemos dicho, en el movimiento de la civilización con una personalidad propia, que tomó su origen desde que, hace cerca de cuatro siglos, se ingertó la transformación cristiana en el estado idolátrico que había quedado rezagado y oculto en las regiones de este Continente desconocido y la noble y altiva raza española en la benévola y valerosa progenie indígena. Descendemos, por decirlo así, de ese aventurero y romanescos consorcio entre Fernando Cortés, el fiero extremeño descendiente de aquel puñado de valientes que resucitaron la nacionalidad española en la cueva de Covadonga, y de Marina, famosa indiana bosquejada por la pluma ruda é

ingenua de Bernal Díaz del Castillo; noble, buena, inteligente y varonil mujer, por cuyas venas corrió la sangre de la raza de Xicotécatl y de Cuautemoc, próceres venerandos de un vasto y floreciente imperio, sacrificados necesariamente á la obra de la civilización, augustos vencidos que no cedieron ciertamente en valor y heroísmo á sus vencedores, pero que sí les superaron sin duda, en los arranques de la grandeza y sublimidad del alma.

Hemos entrado, pues, señores, con ilustre origen y con gloriosa historia en la vida común de los pueblos, y á ello nos toca corresponder dignamente. Ruda ha sido la tarea que durante medio siglo ha llegado hasta poner en peligro la vida de los pueblos hermanos que se extienden desde el prolongado y casi desierto cauce del Bravo hasta las sonrientes y dilatadas márgenes del Plata; pero acaso se aproxima ya el momento señaladísimo en que, dando definitivamente punto á las continuas agitaciones de su vida, prosigan con serenidad y perseverancia la labor que les ha tocado desempeñar en la historia contemporánea y en la venidera. La cultura y los bienes con que la grandiosa civilización actual les regala, influirán poderosamente para establecer por fin un reinado de paz y de mútuos y benévolo respetos y con ésta, señores, se acrecentará el estudio de todas las cuestiones en que se interesan, se purgarán sus instituciones de cuanto ha de ser desechado por el carácter legítimo de esa civilización, desarrollarán y consolidarán su educación política, tan necesaria ya, y se conquistarán un estado duradero de bienestar y de progreso.

No pueden ser, por tanto, más oportunos y propicios, los instantes para saludar alborozados la aparición de asociaciones con un interés común, moral y material, pero sobre todo, señores, jurídico y legislativo, porque la Jurisprudencia y la Legislación, ya lo hemos visto, ejercen tan grande influencia en las naciones, que llegan á confundirse con ellas mismas al formar su estructura.

Y en cuanto á nosotros, señores, cuya exigua personalidad desaparece rodeada de tan inmensas ideas y hechos como concurren á formar el objeto de esta tan extraordinaria solemnidad, ¡qué honor tan grande y tan inmerecido se nos ha acorda-

do al enviarnos á recibir, por decirlo así, y dar la bienvenida en nombre de nuestra Sociedad de Abogados, sucesora de nuestro antiguo é ilustre Colegio en esta tierra, como España, de la abogacía, á esa docta y real Corporación de Madrid, que viene hoy á establecerse entre nosotros, representada por un grupo distinguido de compañeros nuestros en el noble y difícil sacerdocio de la Ciencia y del Foro! Desfallecería nuestro ánimo si no nos vieramos honrados con la presencia de los dignísimos representantes de las Naciones extranjeras amigas, del Cuerpo honorable de Secretarios de Estado, puestos al frente de la Administración pública, y con la presidencia, además, del ilustre ciudadano que, después de tomar parte principalísima en los grandes acontecimientos políticos de nuestras últimas décadas, ha dado la paz al país é impulsádolo por las vías del progreso material en el concierto del mundo.

Desde este lugar contemplamos igualmente, señores, con los ojos del espíritu á nuestros pueblos hermanos de América, á la gran república, hija también de este Continente, fundada por Jorge Washington, la más grande figura moral en la historia política de los últimos siglos; y la que tan importante factor es ahora en la civilización, pero sobre todo á esa gloriosa nación progenitora nuestra, que tan grandes pruebas ha dado en los años que corren, de reposo, de inteligencia y de patriotismo; regida en estos días por una dama augusta y nobilísima, modelo de madres y de reinas, respetada por todas las naciones y digna heredera de las dos grandes y gloriosas estirpes históricas que lleva en su sangre. A todos los saludamos con inmenso y cordialísimo júbilo, en nuestro entendimiento y en nuestro corazón. Bajo tan favorables auspicios, no haya temor de que la empresa internacional y grandiosa á que hoy nos adherimos, no produzca abundantes y celebrados frutos. Quiera el Cielo que así sea, señores, que ellos se derramen á torrentes sobre la civilización universal, sobre los intereses comunes de los pueblos que en estos momentos representamos, sobre esta grande, hermosa y amada patria mexicana!